

OSORIO, N. y MEDINA, J. R. (eds.) (1995-1998): *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*, 3 vols., Caracas, Biblioteca Ayacucho y Monte Ávila Eds.
 PIZARRO, A. (coord.) (1985): *La literatura latinoamericana como proceso*, Buenos Aires, CEAL.
 POLLACK, S. (2011): «América Latina translated», *Fractal* (México), 56, pp. 87-116. <http://www.mxfractal.org/RevistaFractal56Sara->

hPollackRobertoBola%C3%B1oAmericaLatinaTranslated%20.html (consultado junio de 2013).

RODRÍGUEZ MONEGAL, E. (1972): «Borges y Nouvelle Critique», *Revista Iberoamericana*, 80, pp. 367-390.

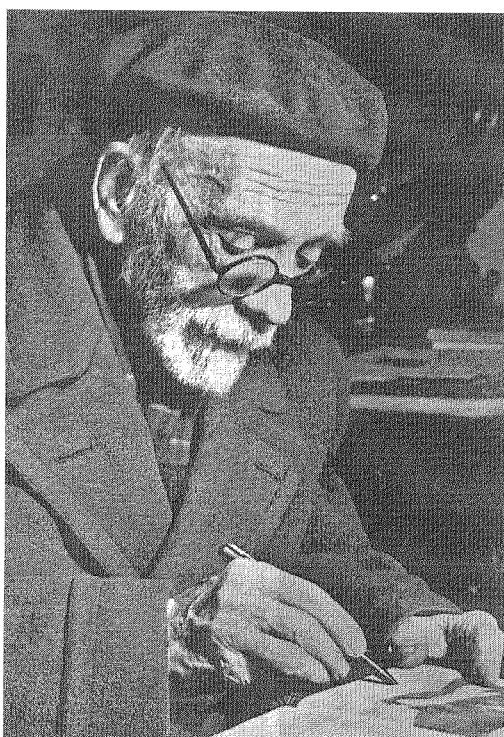
SMITH, B. H. (1983): «Contingencies of Value», *Critical Inquiry*, 10, 1, pp. 1-35.

R. GNUTZMANN /
PROBLEMAS PARA
ESTABLECER...

FRANCISCO FUSTER GARCÍA / UNA METÁFORA FELIZ: A PROPÓSITO DEL TÍTULO DE *EL ÁRBOL DE LA CIENCIA*, DE PÍO BAROJA

Por mínima y poco esclarecedora que sea, en la mayoría de trabajos dedicados a la obra de Pío Baroja objeto de mi reflexión encontramos alguna referencia a su nombre. Y es que, desde la aparición de *El árbol de la ciencia* (1911) hace ya más de un siglo, lo primero que llamó la atención de lectores y críticos fue el extraño título elegido por un autor que, hasta ese momento, siempre había optado más por lo descriptivo que por lo metafórico a la hora de titular sus obras (ejemplo de esto son *Vidas sombrías*, *La busca*, *La dama errante*, *La ciudad de la niebla* o *Zalacaín el aventurero*), quizá con la única excepción de *Camino de perfección*: la novela barojiana que más parecido guarda con la nuestra. Al igual que sucede con la imagen de la cubierta de la primera edición, que en el caso de *El árbol de la ciencia* también rompe de forma clara con la línea establecida por sus novelas anteriores, Baroja sorprende al lector con un título poco descriptivo, pero con esa gran carga simbólica o alegórica que confiere la referencia bíblica al «árbol de la ciencia», también llamado «árbol del bien y del mal». De la misma forma que sucede con el grabado de Durero reproducido en la cubierta de la primera edición (Biblioteca Renacimiento, 1911), el rótulo con el que Baroja titula su libro cobra todo su sentido una vez leído el texto, cuando el lector ya conoce la historia y comprende las razones de una elección que, de entrada, le pudo resultar poco inteligible. Es entonces cuando se percibe la simbiosis entre el contenido de la obra y el sentido que el autor le ha querido dar desde el primer momento, a través de lo primero que el lector conoce de un libro: su título.

Dando por hecho que el lector ya es conocedor de la trama y el desarrollo de la novela, lo que pretendo en este breve ensayo es ofrecer un recorrido sintético por algunas de las interpretaciones del título de *El árbol de la ciencia* que ha hecho la crítica barojiana, con el objetivo de poner en el escaparate todas las propuestas que se han formulado y facilitar a cada lector de la obra la elaboración de su propia teoría.



Un árbol de raíces bíblicas

Quizá lo primero que conviene hacer para entender la elección de Baroja es indagar en la fuente de la que el novelista vasco toma la imagen que le sirve de título, para comprobar qué significado tenía dicho símbolo dentro de su contexto original. Ese lugar del que el escritor extrae la metáfora que da título a su novela es, como se ha repetido en varias ocasiones, la Biblia y, más concretamente, el libro del *Génesis*, que forma parte del Antiguo Testamento. La imagen del «árbol de la ciencia» aparece por primera vez cuando se describe la creación divina de un Jardín del Edén donde sitúa Dios al hombre y en medio del cual hace crecer dos árboles especiales: «Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles, agradables a la vista y buenos para comer. El árbol de la vida estaba en el jardín, como también el árbol de la ciencia del bien y del mal»

 Pío Baroja.

(Gen, 2: 9). Esta dicotomía, interpretada como una «prueba» impuesta por la divinidad al hombre para valorar el uso que este hacía de la libertad que se le había concedido, sitúa al ser humano ante una disyuntiva y una tentación que Dios intenta evitar mediante su advertencia explícita: «Y Dios le dio al hombre un mandamiento; le dijo: "Puedes comer todo lo que quieras de los árboles del jardín, pero no comerás del árbol de la ciencia del bien y del mal. El día que comas de él, ten la seguridad de que morirás"» (Gen, 2: 16-17). No obstante este aviso, eso es, precisamente, lo que hacen Adán y Eva cuando una serpiente convence a esta del inexistente peligro que hay en comer el fruto de ese árbol y de los beneficios —el acceso al conocimiento y la equiparación con Dios— que esta acción les puede reportar. Pensando en que aquello aumentaría su sabiduría, como le había prometido la serpiente, Eva toma el fruto prohibido y le da a probar a Adán, que también lo come. Es entonces cuando se produce el efecto y cuando Adán y Eva perciben su desnudez y el pecado —el pecado original— que conlleva el acto de desobediencia del mandato divino que han cometido; la libre voluntad del hombre y su incorrecta elec-



 F. FUSTER
GARCÍA /
UNA METÁFORA
FELIZ...

ción traen al mundo una maldad y un sufrimiento que, de otra forma, se habrían podido evitar. En este sentido, es esa idea del sufrimiento y del dolor del ser humano la que queda asociada al símbolo del «árbol de la ciencia»; un sentimiento que explica también uno de los posibles sentidos que Baroja le quiso dar a su novela con la elección de este título.

En relación con lo dicho por la crítica barojiana sobre el título, la mayoría de autores han señalado esta alusión bíblica y han coincidido a la hora de hacer una lectura que relaciona la metáfora del «árbol de la ciencia» con la postura de Andrés Hurtado en la novela con respecto a la ciencia y al dolor o sufrimiento que el conocimiento conlleva. En un trabajo publicado hace ya varias décadas, Roberta Johnson situaba la elección del título de la novela en el contexto de la incipiente amistad y el diálogo filosófico que mantuvieron Pío Baroja y José Ortega y Gasset durante esos años de principios del siglo XX. Comparando las ideas expuestas por Ortega en su ensayo *Adán en el paraíso* (1910) y las contenidas en *El árbol de la ciencia*, Johnson concluía que, además de en la referencia bíblica del título, ambos textos coincidían al abordar el tema de «la vida como problema para el hombre». En este sentido, añadía esta hispanista, la apelación de Baroja al paraíso en respuesta a Ortega estaría presente no solamente en el título de su novela, sino también en otros elementos como el nombre de su protagonista y su actitud ante el problema de la vida:

En la representación novelística que elabora Baroja del Paraíso en 1911, el árbol de la ciencia predomina, no solo en el título de la novela, sino como la motivación principal del protagonista Andrés Hurtado, cuyo primer nombre se asemeja en tres de sus letras y en su ritmo bisilábico al nombre del primer padre y cuyo apellido recuerda la fruta robada al árbol prohibido. Andrés es Adán, y la vida para él es un problema que procura resolver agarrándose al árbol de la ciencia, una solución que resultará tan desastrosa para Andrés como lo era para Adán. Pero, en vez de ofrecer a su Adán problemático la alternativa del arte, como lo hace Ortega, Baroja compara la solución del protagonista a la vida vivida de un modo pragmático, no reflexivo (Johnson, 1986: 46).

Haciéndose eco de esta teoría y aportando nuevos argumentos, un artículo más reciente de Jesús Hernández proponía una complicada lectura de *El árbol de la ciencia* en clave exclusivamente bíblica, tomando el texto del *Génesis* como un hipotexto empleado por Baroja con la intención de convertir su novela en la historia de «una nueva caída del hombre, condenado por haber elegido el árbol del conocimiento y la vida consciente en lugar de la felicidad irracional de los impulsos vitales más irreflexivos (árbol de la vida)» (Hernández, 2009: 90). Para este autor, la presencia del texto bíblico en la novela afecta no solamente al título, sino también a la estructura en siete capítulos (en alusión, según el autor, a los siete días que invirtió Dios en la creación del mundo) y a otros aspectos —mucho más discutibles— del contenido, hasta el punto de afirmar que, con esta novela, Baroja esboza «una suerte de Génesis schopenhaueriano, esto es, un anti-Génesis, fundamentalmente descreído y pesimista, que dramatiza la lucha entre voluntad (deseo) e inteligencia, expresión germánica del dilema noventayochista entre acción despreocupada e inacción reflexiva» (Hernández, 2009: 90).

La mayoría de autores ni siquiera mencionan esta alusión bíblica del título no porque no la contemplan sino, al contrario, porque la

aceptan como algo sabido de antemano por el lector. Desde esta perspectiva, este sector de la crítica que ha restado importancia al significado original de la metáfora se inclina, en cambio, por hacer una lectura del título en una clave más moderna y actual, centrada en el contexto histórico en el que escribe Baroja. Un momento en el que, pese a los enormes avances de la técnica propiciados por la Revolución Industrial en sus sucesivas fases, los beneficios de la ciencia moderna todavía son vistos con recelo por las voces de la sociedad europea más conservadoras e incrédulas. En esta línea han insistido algunos autores que argumentan el interés de Baroja por destacar, a través de la figura de Andrés Hurtado, el poder del conocimiento como método para llegar a la verdad, y el futuro de la ciencia y la investigación como única salida posible a la crisis de valores que vive España durante el cambio de siglo. Para Ángel Basanta, que también relaciona el final de Andrés Hurtado (su suicidio y las famosas palabras con las que se cierra la novela) con la metáfora que elige Baroja, el título de *El árbol de la ciencia* «insiste en lo intelectual, en el conocimiento de la verdad; todo acaba aplastado por el árbol de la vida, pero algún día la ciencia podrá ser útil, como parecen indicar esas palabras finales: “había en él algo de precursor”, referidas al suicida» (Basanta, 1980: 36). Por su parte, en su guía de lectura de la obra, Laureano Igúzquiza también puso el acento en el tema de la ciencia y en la posible sorpresa que produce en el lector la ausencia en el título de la otra mitad de la alegoría bíblica, la del «árbol de la vida»: «¿Por qué se olvida la otra parte? ¿Por qué no aparece “y el árbol de la vida”?». El autor, al haber escogido este título y no otro, desea señalar la importancia que se le concede al conocimiento» (Igúzquiza, 1981: 165). Sobre esta última afirmación, es cierto que puede sorprender la ausencia de la segunda parte de la alegoría bíblica en el título. Sin embargo, también es verdad que en la parte central de la obra, la de mayor contenido filosófico, Baroja retoma el tema hasta el punto que, de hecho, el tercer capítulo de la cuarta parte de la novela se titula justamente «El árbol de la ciencia y el árbol de la vida», presentando —ahora sí— las dos partes de esa dicotomía incompleta en el título.

Schopenhauer como inspirador

Se podrían poner más ejemplos pero no lo creo necesario. Ahora bien, sí que quiero hacer una última alusión que me parece interesante porque, sin invalidar esta interpretación que trata de explicar la metáfora bíblica desde el contexto de la Europa o la España finisecular y del lugar que ocupa la ciencia en él, abre otra posible vía para explicar la elección de este título por parte de Baroja. Hace ya varias décadas, y en una sugerente introducción a una edición de la novela publicada en Nueva York, Ángel Manuel Vázquez-Bigi recordaba un dato curioso y tal vez revelador, cuando citaba como precedente del título de la novela un artículo titulado «Sufrir y pensar» (*Revista Nueva*, 1899), publicado por Baroja doce años antes de aparecer *El árbol de la ciencia* (Vázquez-Bigi, 1968: 47). Al final del citado artículo, en el que se exponen una serie de ideas sobre el dolor y el conocimiento de inspiración probablemente schopenhaueriana, Baroja reproduce una cita atribuida a Byron en la que el poeta inglés se refiere al «árbol de la sabiduría» (es otra denominación posible del «árbol de la ciencia» o «árbol del conocimiento») y al «árbol de la vida», en un contexto en el que la metáfora tiene un significado muy similar al que ya hemos visto:

El dolor es una fuerza impulsora del progreso. La Humanidad, como un caballo fogoso, corre en busca del ideal; el dolor es un acicate. Allá lejos están la dicha y la felicidad; pero a medida que se avanza, ¡cuántos dolores, cuántas tristezas!

«El árbol de la sabiduría no es el árbol de la vida», dijo Byron.

Retroceder es imposible: hay que correr, hay que sufrir, porque sufrir es pensar (Baroja, 1899: 432).

En efecto, esta identificación tan schopenhaueriana entre el conocimiento y el sufrimiento, entre el pensar y el sentir, está también presente en algún pasaje de *El árbol de la ciencia* en el que el protagonista expone su visión del tema. Según Vázquez-Bigi, la cita de Byron sería una demostración de que el título de nuestra novela ya le había estado rondando en la cabeza al autor desde hacía muchos años. Pese a que Baroja no dijo nunca nada sobre el particular y el tiempo que transcurre entre la publicación de ambos textos es de doce años, con lo cual es bastante difícil establecer un vínculo irrefutable, lo cierto es que este artículo sí que nos advierte de que Baroja conocía el significado de la metáfora bíblica de los dos árboles del Paraíso mucho antes de escribir su novela. Conociendo la preocupación del joven Baroja por el dilema no bien resuelto entre ciencia y vida, conocimiento y acción, no es descartable pensar que cuando se decidió a escribir *El árbol de la ciencia*, ambientando la historia —en buena parte autobiográfica— de Andrés Hurtado en el contexto histórico de la España finisecular, nuestro autor pensase de nuevo en este dilema y quisiera encontrar un título significativo que, al mismo tiempo, no fuese vulgar o demasiado descriptivo. En ese momento, es probable que Baroja recordase la cita de Byron y rememorase, igualmente, la alegoría bíblica del árbol de la vida y el árbol de la ciencia puestos por Dios en el Jardín del Edén. El hecho de «acortar» el título y dejarlo solo en *El árbol de la ciencia*, sin citar su antítesis, solo puede interpretarse una vez leída la novela y en función del lugar central que la ciencia —en el sentido del conocimiento, del saber— ocupa en ella.

En cualquier caso, considero que nos encontramos ante otro hecho importante que diferencia esta novela del resto de las que integran la producción de Pío Baroja. Por eso, y apoyándome en la im-

portancia que el propio escritor concedió a este libro, del que dijo que era «de entre las novelas de carácter filosófico, la mejor que yo he escrito» y que «probablemente es el libro más acabado y completo de todos los míos», opino que se trata de una obra en la elección de cuyo título Baroja puso un especial interés, consciente, quizá, de la creciente importancia que la novela podría tener en un futuro como una de sus mejores creaciones. Un siglo y tres años después, me atrevo a decir que la intuición barojiana no pudo ser más acertada, pues el enigmático título de esta novela ya es parte intrínseca de una obra maestra convertida hoy en clásico indiscutible de la literatura española contemporánea (Fuster García, 2012).

F. F. G.—INSTITUTO DE LENGUA, LITERATURA
Y ANTROPOLOGÍA (CSIC)

Bibliografía citada

- BAROJA, P. (1899): «Sufrir y pensar», en *Revista Nueva*, vol. I, febrero-agosto de 1899.
- BASANTA, A. (1980): *La novela de Baroja. El esperpento de Valle-Inclán*, Madrid, Cincel.
- FUSTER GARCÍA, F. (2012): «El árbol de la ciencia», en *Claves de Razón Práctica*, n.º 220, pp. 50-54.
- HERNÁNDEZ, J. (2009): «Hipotexto bíblico y haggadah judía en *El árbol de la ciencia*: el Génesis según Baroja», *Revista de Literatura*, vol. LXXI, n.º 141.
- IGÚZQUIZA, L. (1981): *El árbol de la ciencia (de Pío Baroja)*, Pamplona, Laser.
- JOHNSON, R. (1986): «La vida como problema en *Adán en el paraíso de Ortega* y *El árbol de la ciencia* de Baroja», en *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, 22-27 de agosto de 1983, A. David, Kossof, Ruth H., Kossof, Ribbans, Geoffrey Ribbans y José Amor (coords.), vol. 2, Madrid, Ediciones Istmo.
- VÁZQUEZ-BIGI, A. M. (1968): «Guía para acercarnos a Baroja y *El árbol de la ciencia*», en Pío Baroja, *El árbol de la ciencia*, Nueva York, Las Americas Publishing Company.

JUAN CARLOS ABRIL / LA CAÍDA DE LOS SIGNOS

Aparecido a comienzos de 2012, *Entreguerras* o *De la naturaleza de las cosas* es el último libro de poesía de José Manuel Caballero Bonald, o al menos tiene la pretensión de serlo, aunque posiblemente nos ofrezca alguna entrega más. El poeta se encuentra en su «Arrabal de senectud», un sintagma tomado de un título de un poema de *Manual de infractores* con el que ha definido en más de una ocasión sus años finales (2013b: 3).

Caballero Bonald trabaja en unas condiciones de creación extraordinarias, muy fértiles, como observamos. Escrito al borde de los 85 años, como confiesa «entre abril de 2010 y octubre de 2011» (2012: 8) en la «Nota» ya habitual que suele acompañar a sus libros de poesía, se trata de un libro que no dejó indiferente a nadie, y que

cambió radicalmente el registro y el tono usado en sus últimos tres poemarios, *Diario de Argónida* (1997), *Manual de infractores* (2005), y *La noche no tiene paredes* (2009). En la última década ha publicado tres libros, lo cual es algo muy inusual para alguien que dejó pasar 14 años entre *Pliegos de cordel* (1963) y *Descrédito del héroe* (1977), y 13 entre *Laberinto de Fortuna* (1984) y *Diario de Argónida* (1997). Ahora inaugura otro ciclo del que no sabemos si habrá continuación, si este volumen servirá de broche a toda su trayectoria, o si publicará algún otro poemario. No es descartable, si bien *Entreguerras* se considera una suerte de testamento y, en palabras del propio autor, está decidido «a no escribir más» (1) Resulta sintomático que, a pesar de poseer una trayectoria ya consolidada, Caballero Bonald se arriesgue y no se con-

